



JEAN GENET CON LOS 'PANTERAS NEGRAS'

mente más que la clandestinidad. Es mucho más fácil detener a un «sucio negro» anónimo que a un hombre responsable y conocido que ostenta un cargo casi oficial.

—¿Se conceden títulos a sí mismos?

J. G.—Sí, hay entre ellos ministros, responsables, gobernadores, etcétera. Yo dependía del ministro de Educación, Massaï Hewitt. Pero viajaba, sobre todo, con David Hilliard, que es el que reemplaza a Bobby Seale. Actualmente, la Policía quiere detener a David Hilliard y a otro llamado D. C., que está escondido. Para eso hicieron la Operación Baltimore y lanzaron órdenes de arresto el treinta de abril, justo la víspera en que Hilliard debía hablar en New Haven. Lo que perseguían era intimidar a la población negra para que no acudiera a New Haven, pero nosotros hablamos después ante veinte mil personas. New Haven es el lugar en que Bobby Seale fue detenido y encarcelado. Si le hablo de ello es porque los «Panteras» me han rogado que la mayor publicidad sea a favor del «Affaire de Baltimore». Ven en él una amenaza muy seria.

—¿Quiere eso decir que los «Panteras» se consideran guerrilleros?

J. G.—¿Qué es eso de guerrilleros? Yo no puedo servirme de palabras que han servido a otros. Puedo simplemente decir: son así, obran así.

—¿De dónde sacan el dinero?

J. G.—Ante todo, el dinero les llega del semanario que, al precio de veinticinco centavos, tira ciento cincuenta mil ejemplares. Los jóvenes negros lo venden por doquier. Parte de la población negra cotiza para el Black Panther Party. Casi todos los conjuntos de «jazz» dan, mensualmente, la recaudación de muchos conciertos. Hay también donativos.

—¿De negros o de blancos?

J. G.—De ambos. Por ejemplo, yo he asistido a una reunión en casa de cierto escritor, en Holly-

wood, con Jane Fonda. No estuvo nada mal el dinero que recaudaron en tan poco tiempo.

—En Nueva York, los «Panteras Negras» tienen una oficina permanente en St-Mark Church. Se dan representaciones de teatro a su favor. Son muy astutos para hacer que se hable de ellos...

J. G.—Son la prensa, la «tele», la radio, etcétera, los que les convierten en «vedettes». No son ellos los que lo buscan. Ya serán «vedettes» cuando les detengan... La información, por otra parte, suele trucarse intencionadamente en la medida en que tiende a presentar al Black Panther Party como un grupo folklórico o como una cuadrilla de malhechores. Nunca, claro está, como un grupo revolucionario coherente.

—Mientras viajaba en compañía de los «Panteras», ¿se sentía usted «blanco»?

J. G.—No, a decir verdad, no hacía diferencia alguna.

—Tropezaba, sin embargo, en una barrera lingüística. Porque usted no habla el inglés, ¿no?

J. G.—Sí, mire, eso era lo más fastidioso. Tanto más cuanto que los negros salen poco menos que del «ghetto» y hablan un argot difícil de entender, incluso para los intérpretes blancos. Con David Hilliard llegué a entenderme muy bien: escribíamos. Nunca se servía de palabras demasiado complicadas, y yo, por mi parte, podía leerle y escribirle.

—¿Escribiría usted «Los Negros» de la misma manera después de haber vivido esta experiencia?

J. G.—Si le parece, no se habla de mi teatro.

—¿Ya no quiere escribir?

J. G.—Creo que Brecht nada ha hecho por el comunismo, que la revolución no fue provocada por «El matrimonio de Figaro», de Beaumarchais. Que cuanto más cercana a la perfección sea una obra, más se encierra en sí misma. Y lo que es peor, suscita la nostalgia. ■ MICHELE MAN-CEAUX.

MALCOLM HANCOCK

